



# RECUERDO

de la noble y brillantísima  
historia del

---

## Colegio Mercantil Graciense

---



TIP. DE JULIÁN DORIA

Angel, 20. — Gracia

Dedica este "Recuerdo" como prueba de atención y respeto al Ilmo. Sr. D. Dario Romeu y Corrents presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, S. S. S. L. B. S. M.  
Juan Vazquez







# CUATRO PALABRAS

SENTIDAS Y DICHAS

POR

## D. Juan Vázquez García

Director del Colegio Mercantil Graciense

*en el solemne acto de la celebracion de unos  
de los muchos exámenes públicos  
que dió en el local de su Colegio en la Plaza de  
la Constitución, núm. 20  
de la Villa de Gracia, el año  
1886.*



BARCELONA

TIP. CATÓLICA DE JOSÉ DORIA  
Gracias, 4.—Gracia  
1902



R. 22100



*Sr. D. Juan Vázquez García*

RESPETABLE SR. DIRECTOR.

*Enterados por referencia de sus antiguos discípulos, del entusiasmo con que fué recibido el bien pensado discurso que sobre la Ley del Trabajo pronunció V. en la distribución de premios verificada el año 1886, después de brillantes exámenes, ha despertado en nuestra mente la idea de hacerlo estampar, para que renazcan entre nosotros sus bellos pensamientos y así nos podamos aprovechar de sus prácticos consejos y cristiana doctrina.*

*De este modo, Sr. Director, cuando la Providencia nos separe del lado de usted para cumplir la misión que nos tiene señalada, la lectura de sus consejos (que V. hubiera conserrado enterrados si nuestra insistencia no hubiese podido más que su modestia) nos hará más llevadera la ausencia de nuestro inolvidable Maestro.*

*Barcelona-Gracia; Festividad de S. Juan Bautista del año 1902.*

POR TODOS SUS ALUMNOS

LA COMISION,

JOSÉ VIÑAS

ERNESTO ROVIRA

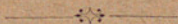
JOSÉ ASSERETO

MARTÍN RODRÍGUEZ





## LA LEY DEL TRABAJO



¡Trabajo, santa palabra, yo te saludo cariñosamente! Tú has sido mi compañero inseparable durante toda mi vida, á tí te debo lo poco que soy, valgo y puedo. ¿Qué me importa que ciertos seres movidos por la pura envidia traten de desprestigiar mis actos, si tú no me has negado jamás que saboree tus dulces frutos? Todos los tiempos, todos los países te han prodigado á boca llena los mayores elogios. Yo he procurado no economizarlos jamás en presencia de mis discípulos. ¡Dios quiera que estos inocentes niños, que estoy preparando para la vida, te abracen gustosos, para gozar constantemente de una dulce alegría, exenta de todo pesar, y disfrutar todos de tus inapreciables dones: *fortaleza en su alma y robustez en su cuerpo!* A vosotros, queridísimos discípulos, os lo he encomiado incesantemente, procurando en todas ocasiones que el ejemplo precediera y siguiera al consejo. Permitidme una vez más que os diga algo sobre este

tema: *el trabajo y sus resultados* y para sacar algún provecho de mi discurso, imperfecto por mis débiles fuerzas y sobre todo por falta de tiempo, os ruego y espero conseguir de vuestra nunca desmentida benevolencia, que me dispenseis toda vuestra atención.

«*Ganarás el pan con el sudor de tu frente*» dijo Dios al primer hombre, apenas acababa este de sepultar su preciosa felicidad en el insondable abismo del pecado. Ninguno de sus descendientes quedó exento de este castigo, pues todos traemos al mundo el pecado original y con él la apremiante ley del trabajo. Pero la bondad divina permitió que esta ley fuera manantial inagotable de riquezas y de dichas, de bienestar y de moralidad; y que ese pan fuera dulce y saludable. Y en efecto, dada nuestra agitada y azorosa vida, ¿quién duda que el trabajo es un beneficio consolador, del cual gozamos, á la vez que cumplimos con un deber? El hombre laborioso se libra de las garras de la miseria, cubre todas sus necesidades, y vé reinantes en su hogar la alegría, la prosperidad y la riqueza.

El trabajo constituye el nervio, el poder, el progreso constante de los Estados; sin él son estos víctimas de la miseria de sus habitantes por otros tantos hombres honrados. Pero si pesa sobre ella la terrible desgracia de que populan en su seno multitud de seres indolentes, que destrozan sus entrañas hormigueando sobre ellas, no sólo no alcanza prosperidad alguna, sinó que queda á merced de naciones laboriosas y sometida á vergonzosas influencias. El trabajo y los intereses morales van unidos con lazo indisoluble, por lo cual se observa que donde reina aquél, allí impera la más completa moralidad.

Lo que pasa respecto de una nación, lo mismo sucede respecto de la familia. Si el padre se muestra laborioso, ya por la actividad de sus manos, ya por la de su inteligencia, ya por la de ambas á la vez; si la esposa se afana por el buen orden de su hogar, si los hijos contribuyen al bienestar general en la medida de su edad y de sus fuerzas, esta familia es dichosa. Ella dulcifica las penalidades de la vida por medio del trabajo del cual recibe saludable consuelo siempre que se vé aquejada por los amargos disgustos, inherentes á nuestra fragil naturaleza, los cuales si no desaparecen se hacen más llevaderos. Así sin amargos pesares se deslizan felices los dias de su existencia, pues no cabe duda que el trabajo, consuelo el más fiel para las penas del alma, recompensa con usura lo que la constancia y la inteligencia merecen. La familia que sabe realizar diariamente y con constancia las tareas que su estado le impone, se acostumbra hasta con gusto á sobrellevar los cuidados de la vida, teniendo la satisfacción de ver una reacción felicísima de la parte física á la intelectual, prestando ésta á su vez á aquella extraordinario vigor. Después de haber empleado bien el día en tan santa ocupación, la familia goza de las dulzuras del descanso, y de vez en cuando se proporciona momentos de solaz, mediante la sabrosa lectura de obras morales que adornan su inteligencia, la estimulan á la virtud, algunas veces la divierten y siempre la instruyen y perfeccionan.

Otro tanto sucede respecto del individuo, pues siendo idénticas las causas, iguales serán las consecuencias. Si una persona demuestra grande amor al trabajo, bien puede asegurarse que no es pequeño

su valor moral. Ella no conoce la maledicencia, no se vé acometida por malas inspiraciones, no se ocupa de cosas peligrosas y funestas. Su ejemplo es de utilidad suma para el resto de la sociedad, que admira su desinterés, y repite con elogios sus virtudes sencillas, su laboriosidad y su talento. Vive con honra, fortalece su salud y da ejemplo de actividad suma. Ejecuta con inteligencia un trabajo prudente y se encuentra suficientemente recompensada por el mismo, al ver que le produce beneficios incalculables.

Si por el contrario desconoce la importancia suma del trabajo, no vive, crece débil, ignora en que invertir las horas tan fugaces para el laborioso, siéndole en extremo fatal su desidia. Si el perezoso es de condición humilde, se convierte en verdadera plaga para la sociedad. Su condición de hombre se enerva y degrada, y falto de dignidad, se vé precisado á recurrir á medios extremos y vergonzosos para sostener su precaria existencia. La suerte de los hombres laboriosos le excita la envidia, pero no le inspira valor bastante para imitarles. Poco escrupuloso de los bienes ajenos, se vale de la mentira para fines siniestros, y hasta pone su conciencia á merced del malvado que la solicita. En el seno de la familia comete con frecuencia el crimen de lesa paternidad, siéndole insoportable los consejos de sus padres, á quienes considera como moralistas en extremo enojosos. En la sociedad nada bueno hace y es carga pesada hasta para sus propios amigos, si es que semejante individuo puede tenerlos.

Si el perezoso es de condición elevada, se hace esclavo de los vicios más vergonzosos que la sociedad engendra. Se enoja y se fatiga, su imaginación

vaga se lanza en busca de distracciones funestas, y, si conserva aún el instinto del bien, concluye por avergonzarse de sí mismo, al verse envilecido. Jamás es lícito al rico hacer alarde de su fortuna, que puede perder, ni mucho menos creer que por ella queda libre del trabajo, cuando la humanidad entera está sujeta al mismo, si bien dispone de diferentes medios para su realización. ¡Cuántos seres han visto mecida su cuna en medio de la opulencia más fastuosa y del lujo más deslumbrador, y sin embargo han acabado sus días en una casa de misericordia! ¿Y qué diré de aquellos que opinan que el trabajo rebaja su condición social? Ciertamente pensaba mejor el gran Cincinato, cuando al dejar el primer puesto de la capital del mundo, se dedicó de nuevo al cultivo de los campos.

Ignoro, queridos alumnos, cual será vuestro porvenir, ignoro á donde iréis al dejar el Colegio, como se ignora á donde se dirigen los pájaros, cuando, al dejar el suave calor de su nido, se lanzan en el anchuroso espacio en busca del precioso alimento, que antes con tanto afán les proporcionaban sus cariñosos é infatigables padres. Lo único que sé es que á donde quiera que vayais en alas de vuestra carrera, encontraréis una ley ineludible, fuente inagotable de dicha y seguridad, *la ley del trabajo*. Si queréis honra para vuestra carrera y provecho para vuestras personas, no os entreguéis demasiado al descanso. Trabajad hasta cansaros y descansad para trabajar. La tierra que ha de producir frutos copiosos, reclama los auxilios constantes del agricultor. Cultivad vuestro espíritu, conservad lo aprendido, procurad perfeccionaros en conocimientos sólidos. No olvidéis que hay inteli-

gencias de primer orden, cuyos frutos insípidos no llegan á madurar, por carecer de la ayuda soberana de la aplicación; pero que en cambio inteligencias medianas, libremente sometidas á esa admirable ley, llegan á realizar notables progresos, sin que obstáculo alguno sea capaz de resistir á esa poderosa palanca llamada trabajo. ¡Maravilloso contrapeso que la Providencia ha concedido al hombre para restablecer el equilibrio de las facultades! Alejaos siempre de la pereza, considerándola como vuestra mayor enemiga, y tened en cuenta que de ella ha dicho un sabio que se parece al orín, que consume más que el trabajo; y que de ella dicen todos á voz en grito que es la madre de todos los vicios.

El tiempo es un tesoro, cuyo laudable empleo os recomiendo sin cesar de palabra y mediante el ejemplo. *El tiempo es dinero*, dicen los ingleses; *el buen empleo del tiempo es la ciencia de la vida*, dicen los economistas; *el tiempo es la tela de que se ha hecho la vida*, ha dicho un sabio, y tomándolo en esta notable acepción, ningún hombre diligente y aprovechado quiere manchar esta preciosa tela, ni mucho menos destrozarla. Dedicándoos á ocupaciones formales y honestas, comprenderéis la íntima relación que existe entre el amor al deber y el amor al trabajo, y entonces apreciaréis en su justo valor la inmensa utilidad que reporta el buen uso del tiempo. Los hombres que no saben aprovechar la preciosa série de instantes que forman el tejido de la vida, sufren pérdidas irreparables, y al observar el mundo su falta de previsión, les califica de insensatos. Aprovechad con valor y actividad las horas que tenéis destinadas al trabajo, para poder disfrutar después de las de recreo, que tan conveniente es

á vuestra edad. Si las empleais mal, después de no sacar fruto alguno, os parecerán interminables, y os fatigaréis mucho más que si las aprovecharais cual corresponde.

Si tenéis siempre presente la antigua máxima de que *el acostarse pronto y levantarse temprano produce salud, fortuna y ciencia*, emplearéis bien el tiempo, haréis notables progresos, y léjos de veros un día expuestos á las humillaciones y á la miseria, podréis elevaros con justicia, por vuestros méritos personales á una respetable posición social, y conservar dignamente lo de vuestros padres, y os hareis acreedores al bienestar y á la estimación pública.

*J. Vázquez*

En la distribución de premios del 11 de Abril de 1886.











RF-15-44



C

